

Índice

Prólogo de Rafael Alvira	7
Al lector	11
Introducción	15
01. Babilonia	19
02. Hijo de Reyes	31
03. Un Rey que gobierna	51
04. La cólera del Rey	59
05. Por los senderos de Asia	67
06. Gránico, la primera prueba	75
07. Issos, la confirmación	83
08. Traspasando fronteras	95
09. Egipto, la revelación	107
10. El futuro era Gaugamela	119
11. Babilonia, sueños y revelaciones	131
12. Las exigencias del poder	143
13. El destino final era la India	169
14. El camino de retorno a casa	189
15. La larga vuelta a Babilonia	203
16. Temible y dulce para los hombres	213
17. Un reino para todos	223
18. Perdí al mejor de los amigos	233
19. Los dioses cobran sus favores	239
20. Continuación	247
21. La lucha y la desintegración de un legado	249

Epílogo.....257
Anexo I. Cronología259
Anexo II. Nombres propios267
Anexo III. Mapas273



Prólogo

Salvador Rus nos regala un nuevo libro en el que la historia es usada en su sentido clásico por excelencia: *historia magistra vitae*. Ya había dado una prueba magnífica de sus capacidades en este campo cuando —hace menos de un año— sacó a la luz su *Tanto monta.... Lecciones históricas de las decisiones de Fernando el Católico*. Ahora echa mano de una figura de extraordinaria transcendencia histórica, acompañada además de un hábito personal inigualado: Alejandro Magno.

No sería fácil encontrar alguien más que pudiera llevar a cabo la tarea preciosa de utilizar la vida de Alejandro para sacar lecciones dirigidas a empresarios familiares. El profesor Rus, además de ser Doctor en Historia, Filosofía y Derecho, es un profundo conocedor de las lenguas y el mundo clásico. No es habitual, de otra parte, encontrar un catedrático universitario que ha presidido, como él lo ha hecho, una empresa familiar de envergadura y éxito.

Vivimos en una época en la que florece la especialización, lo que es muestra de avance del conocimiento. Las tecnologías, las ciencias de la naturaleza y las ciencias humanas multiplican, fortalecen y hacen crecer todas las ramas de un árbol cuyo tronco, sin embargo, nos resulta invisible.

Dicho de otro modo: faltan las Humanidades. Las Humanidades forman precisamente los hábitos de integración, de unidad, de la persona y de la sociedad. Vivimos en un mundo esquizofrénico, que ha perdido la visión unitaria, los hábitos morales y, en definitiva, el sentido común. Ahora todos son demasiado sabios como para tener sentido común.

Libros como el de Salvador Rus son hoy de un valor excepcional, no sólo por su calidad intrínseca, sino por su enfoque. Con una

amenidad que mantiene la atención sin desmayos, describe en primera persona —es Alejandro el que relata— unos hechos históricos que van acompañados por las reflexiones puestas también en boca del propio Alejandro. Este método permite al lector sacar conclusiones de gran valor práctico para su vida y para el gobierno, pero además, el libro presenta apartados que ofrecen consideraciones aplicativas concretas, en particular para la empresa familiar, con la colaboración de la profesora Treviño Rodríguez.

Se trata, pues, de un libro que recupera la gran tradición de la practicidad de las Humanidades, en este caso particularmente de la historiografía. No faltan libros de historia magníficos pero a veces muy alejados de cualquier aplicación posible al mundo vivo, real, actual. Y, menos aún, faltan libros que tratan temas empresariales, y por tanto humanos, sin encuadrarlos en lo “humano del hombre”, en las Humanidades, con la consecuencia de una mirada demasiado corta y, por ende, al final meramente pragmática, es decir, falsamente práctica.

Obras como ésta muestran los nuevos caminos por donde se puede ir hacia una verdadera mejora de la persona, la sociedad y la empresa.

Rafael Alvira

Para Josep Tàpies, Amigo y Maestro, que nos enseñó a seguir el consejo de Píndaro: «no desistas del bien... y forja en el yunque de la verdad tu lengua» (*Pítica I*, 85-86).



Al lector

La Grecia del siglo IV a.C. fue el escenario de la lucha por imponer una hegemonía que unificara todas las ciudades y territorios bajo un mismo poder. Lo intentaron Tebas y Esparta pero fracasaron. En cambio, un rey extranjero, bárbaro como lo llamaba el gran orador ateniense Demóstenes, Filipo trazó un plan para someter a todas las ciudades mostrando con su política y con la fuerza del ejército, que la independencia y la autarquía de la ciudad-estado, la polis, había llegado a su fin. Por esta razón fue víctima de una dura y despiadada crítica por parte de los griegos, concitó su violencia y su odio político. Pero no desistió de sus planes y formó un ejército casi invencible, y dejó que su hijo y heredero Alejandro concluyera sus proyectos de expansión.

Pocos pensadores han descrito con tanta perspicacia como Hegel en sus *Lecciones de Filosofía de la Historia* la vida de Alejandro y sus conquistas. «La vida griega es una verdadera hazaña de juventud. Aquiles, el joven creado por la poesía, la inaugura. Alejandro Magno, el joven real, le pone término. Ambos aparecen en lucha contra Asia; Aquiles, como figura capital en la empresa nacional contra Troya, donde los griegos se presentan por primera vez como un conjunto; y Alejandro, colocado como un trasunto de Aquiles al frente de los griegos, lleva a cabo la venganza que Asia había conjurado sobre sí... Así educado Alejandro, a los 20 años de edad, se puso a la cabeza de los helenos para conducir a Grecia al Asia. Este segundo Aquiles reúne de nuevo a Grecia en una empresa común. Cierra la vida griega, como Aquiles la empezara. Concentrando en sí el poder de Grecia... Su fin era castigar las antiguas iniquidades, vengar a Grecia de cuanto Asia le había hecho durante largo tiempo y decidir la antigua discordia y lucha entre el Oriente y el Occidente. Por un lado, hizo pagar a Oriente el mal que Grecia había sufrido por su culpa; por otro, le devolvió mil veces el bien que representó

para Grecia el recibir de Asia los orígenes de la cultura. Alejandro difundió la madurez y elevación de la cultura sobre el Oriente, imprimiendo en el Asia, por él ocupada, el sello, digámoslo así, de un país helénico».

La obra de Alejandro se desmoronó tras su muerte. Fundó un Imperio que no tuvo continuidad en una dinastía. Encarna para la posteridad el mejor y más acabado ejemplo del monarca, del líder, que actúa de una forma individual. Se adelantó a su tiempo porque el momento de fundar un solo Imperio universal unido a una familia que garantice su continuidad no había llegado todavía. Sería un par de siglos más tarde cuando los romanos, tras la experiencia de la República, lograron unir el fin de la política con el poder que obtiene como resultado la dominación y el encadenamiento de todos los territorios a una misma forma de estado, a una religión y a un derecho.

Alejandro aceleró el curso normal de la Historia, convirtió los días en semanas, las semanas en meses y los meses en años. Llegó al confín de la tierra y deseó alcanzar el más allá, aprehender lo universal, lo esencial, lo verdaderamente real que está en el origen mismo, en el hontanar de la existencia humana.

Todavía podemos preguntarnos, ¿quién fue Alejandro? Uno y muchos, un personaje que hizo historia, que impulsó su ritmo y que los hombres convertimos, en el momento mismo en que cerró sus ojos, en leyenda, porque sus sucesores, que somos todos, no podemos llegar a soñar con realizar sus hazañas. Fue tan grande que su memoria sólo cabe en la inmensidad que es la imaginación sin límites. Buscó el origen y lo halló, buscó el principio y lo encontró, vivió para superar fronteras y las traspasó todas. Su vida es siempre un ir más allá de cualquier cálculo humano. Sin ser divino, porque era mortal, llegó a tocar la gloria y a sentir el afecto de millones de personas. Supo ganarse a todos porque consumió su vida por ellos. Y todavía nos preguntamos, ¿quién fue Alejandro de verdad? Su vida tiene el fulgor de las piedras preciosas que poseen varias caras talladas con esmero. Una existencia que contiene demasiados matices, refleja diferentes haces de luz. Por eso no podemos definirlo, tenemos que contentarnos con admirarlo, relatar su vida, narrar sus hazañas y enviarlo al mundo

de la imaginación porque en el de la razón no cabe. Los historiadores desde la Antigüedad hasta nuestros días han intentado aprehenderlo y cada uno, como nosotros, ha ofrecido una imagen acorde con su tiempo y su percepción del personaje.

Por esta razón hemos imaginado cómo Alejandro nos habla a través de sus experiencias, sus vivencias y su propia historia dictadas a Ptolomeo, su fiel amigo, para evitar que su persona y su obra se convirtieran en leyenda. Seguro que él deseó siempre que las generaciones posteriores lo consideraran un rey que había conseguido realizar el sueño de muchos antecesores suyos, pero contando con un puñado de fieles y amigos que le siguieron con lealtad hasta los confines del mundo conocido. Y estaban dispuestos a seguir su estela allá donde el Rey dirigiera sus pasos. Eso es lo que hoy llamamos liderazgo, entrega a un ideal, compromiso con una misión y unión en torno a un proyecto común.



Salvador Rus Rufino
Sevilla, 23 de abril de 2011

Introducción

Octavio divisaba desde la proa de la nave la impresionante, bella y armoniosa silueta de Alejandría. Había zarpado de Roma con el deseo vehemente de visitar la tumba de Alejandro, al que ya se había puesto el sobrenombre de Magno, para conocer los tesoros que estaban depositados en la famosa biblioteca y buscar el manuscrito que el Rey mismo había dictado a Ptolomeo y que éste completó cuando abdicó. En el texto se recogían con fidelidad la vida y los extraordinarios éxitos contados directamente por el Rey. También quería encontrar las razones de por qué la ciudad había encantado y hecho perder la razón a dos grandes romanos como Julio César y Marco Antonio.

Corría el rumor en Roma de que todo aquel que visitara la tumba del Rey con el manuscrito de su vida en la mano sabría qué fuerzas eran las que dominan el mundo, y acabaría sometiendo bajo su poder todos los territorios conocidos. Octavio seguía absorto en sus pensamientos hasta que le indicaron que habían llegado y que podía desembarcar.

La ciudad era bulliciosa, estaba llena de vida y pese a lo avanzado de la tarde, había mucha actividad. El sol dorado del otoño besaba las paredes de piedra de los edificios. En la plaza pudo distinguir varias lenguas: latín, griego, egipcio, hebreo y otras que no conocía. Alejandría era un crisol de culturas y un lugar de encuentro donde nadie se sentía extranjero, y todos veían la posibilidad de mejorar sus vidas con algún negocio. Una ciudad en la que se mezclaban de forma proporcionada el saber con la actividad mercantil, el diálogo intelectual con los afanes de este mundo, el conocimiento con el dinero. Un pequeño mundo en el que todos cabían y nadie se sentía excluido.

Sintió un escalofrío que le recorría toda la espalda cuando traspasó el dintel de la puerta del palacio que habían ocupado antes

Julio César y Marco Antonio compartiendo su amor por Cleopatra, que había sido considerada la mujer más bella de todo el mundo. Sin pensarlo dos veces decidió apartar de su cabeza cualquier imagen sobre esos amores ilícitos que habían conducido a ambos a su ruina moral y humana. Su visita a Alejandría obedecía a otros motivos que tenían que ver con los secretos del poder y su ejercicio, con el liderazgo personal y con la capacidad para unir y comprometer a personas con un proyecto por descabellado y difícil que aparezca ante los ojos de muchos. Él quería conocer cómo sin muchos recursos económicos y con un ejército menor que el que tenía el Gran Rey de Persia, un joven monarca había conquistado todo un Imperio. Muchas preguntas para las que no podía encontrar respuesta en Roma. En el fondo, quería conocer el secreto revelado a Alejandro en el templo de Amón, y del que dio cumplida cuenta por carta a su madre, y también comentó muchas veces en confidencias íntimas con Hefestión. Quizá también Julio César y Marco Antonio habían perseguido el mismo secreto, pero era evidente que no habían tenido éxito en sus pesquisas.

El día amaneció claro e invitaba a iniciar la búsqueda que le había impulsado a pasar varias jornadas de incómoda travesía por el Mediterráneo hasta llegar a Alejandría. Iría a la Biblioteca a rebuscar entre los rollos el texto dictado por el mismo Alejandro a Ptolomeo en Babilonia una semana antes de su muerte, y si lo encontraba, dirigiría sus pasos hacia la tumba del gran conquistador y Rey de Macedonia, Hegemón de la Liga de Corinto, Faraón de Egipto y Rey de toda Asia para desvelar el secreto que sólo a él le había sido revelado.

Hacía meses que sus espías y emisarios estaban ocupados en la Biblioteca buscando el texto. Parecía que era imposible encontrarlo porque nadie tenía noticias de él, y menos aún sabían dónde podía estar. Tras el incendio de parte de la Biblioteca todo estaba desordenado, y alguno de los mejores lectores y bibliotecarios había dicho que seguramente el texto con la vida y los hechos de Alejandro había sido pasto de las llamas como otros muchos rollos. Pero Octavio estaba seguro de que eran mentiras y que la narración estaba en la Biblioteca, o en manos de alguien que quería comerciar con él.

Toda la comitiva que lo acompañaba llegó a la Biblioteca. Octavio descendió de su litera y comenzó a subir los escalones del templo del saber más importante de la Historia, después de la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles. Tras aquellos muros se guardaban gran parte de los esfuerzos de la mente humana. Impresionaba admitir que muchos hombres habían consumido su vida por conocer la órbita de una estrella o calcular la altura de las montañas, o desvelar las leyes que rigen las mareas del mar.

Antes de llegar al final de la escalinata, alguien salió entre la multitud curiosa que se agolpaba en la escalera contemplando el espectáculo de la llegada de Octavio. Se acercó a él, le entregó un objeto de plata labrada y le comentó que lo que buscaba estaba dentro de esa valiosa caja. Así que podía marcharse de vuelta para Roma, donde tanto le necesitaban, y dejar a los científicos y filósofos tranquilos en su Biblioteca, porque no podían trabajar con tanto fisgón dando vueltas por los anaqueles y muebles, preguntando necedades y mostrando una educación aprendida en un campamento militar. La paz de la vida entregada a la contemplación bien merecía pagar el tributo que se le hacía con tan importante rollo. Además, ya se había hecho una copia para todos los que quisieran leerlo en la Biblioteca.

Un sirviente abrió la tapa y Octavio con toda delicadeza extrajo el rollo que estaba dentro. Desenrolló el texto escrito en griego. Sus ojos se agrandaron y brillaron cuando pudo leer en la primera línea: «Vida y hazañas de Alejandro, Rey de Macedonia y Dominador del Mundo dictadas por él mismo a Ptolomeo». Buscó acomodo en el interior de la Biblioteca y comenzó a leer con avidez y entusiasmo.

Babilonia, | 01 junio del año 323

Tengo el título real de Alejandro III de Macedonia, Faraón de Egipto, Señor de toda Asia e hijo de Zeus, estoy en Babilonia donde admiro un bello atardecer que resalta la exuberante vegetación de esta ciudad. A mis pies bulle una urbe llena de vida. Acabo de llegar de Ecbatana. He ido a honrar la muerte de Hefestión, mi amigo, mi amado compañero de gestas y hazañas, mi hermano y mejor ser humano que la tierra haya sostenido. Ha muerto en extrañas circunstancias, lo que todavía me abate más y me desconcierta totalmente. No soy capaz de ordenar mis ideas, ni tampoco sentir el futuro como antaño estuve presto a alcanzarlo y asirlo con las manos. Su cadáver está aquí dispuesto para recibir honores de héroe divino. Pero para mí ha muerto alguien al que amaba y con el que compartí momentos de dolor y placer, de dificultad y de grandeza. Él siempre estuvo a mi lado, nunca renunció a nuestra relación y manifestó una lealtad inquebrantable a mi persona y a mis proyectos. Contemplar es la mejor forma de abolir el tiempo, si hay que caer en un vicio, que sea mostrar a todos siempre la dulzura del carácter, la amistad y el amor.

He perdido al mejor y más leal de los amigos, mi corazón sufre y mi alma sangra, quien experimenta el dolor, todo lo sabe. Nos conocimos de niños en Mieza, donde nuestro gran tutor y sabio Aristóteles nos enseñaba los secretos del cosmos y de la mente humana. Luego recorrimos el mundo uno junto a otro apoyándonos mutuamente. Era un hombre de nobleza de espíritu porque sabía esparcir las flores y se reservaba para sí las espinas. Fuimos amigos, compañeros inseparables y confidentes desde la infancia. No recuerdo haber estado separado de él más tiempo del necesario, y cuando volvíamos a reencontrarnos nos contábamos detalladamente todo lo que uno y otro había vivido en ese tiempo durante nuestra ausencia. Me siguió allá donde fui y

nunca se negó a realizar aquello que se le ordenaba. Obedecía los mandatos sin oponer resistencia alguna. No le gustaba tener bajo su mando y responsabilidad las tropas en el campo de batalla, pero era el mejor para conseguir mantener un ejército perfectamente avituallado y satisfecho, algo fundamental cuando las campañas duran años. Nadie como él dominaba los caminos por los que llegan los alimentos a los soldados y a los animales. Una tarea oscura pero necesaria, sin la cual los ejércitos pierden moral y los soldados se convierten en peligrosos buscavidas. Hefestión fue el ejemplo elocuente de una fidelidad constante y jamás traicionada. Si no quieres que la adversidad te destruya, no dejes nunca que la felicidad de la que disfrutas te corrompa.

Durante años hablamos de la necesidad de escribir todo lo que habíamos vivido y conocido, las gestas y hazañas que hemos realizado juntos, para fijar los hechos y contribuir a que las generaciones futuras no tengan una idea falsa de lo que logramos. Todo lo que relato en este manuscrito es cierto, ocurrió tal como se cuenta y puede ser atestiguado por cuantos fueron protagonistas de los hechos. No hay fabulación, ni exaltación desmesurada de nada ni de nadie. Este es el relato de la felicidad que ha coronado mi vida, porque fui capaz de conseguir que los míos, comenzando por mí mismo, se acomodaran a los frecuentes cambios, pues el anhelo de lo ilimitado nos invadió durante toda nuestra vida. Nuestra fuerza fue la corriente que transformó el mundo.

Ahora estoy en Babilonia, pero me gustaría estar en Grecia a la que no he vuelto desde que pasé el Helesponto hace ahora más de una década. Voy a cumplir 33 años y he realizado todo aquello que desde niño mis mayores me dijeron que constituía un sueño imposible en el que el mismo Aquiles había perdido la vida. Ya hemos regresado de las tierras del Indo. No creo que vuelva a salir en unos meses porque necesito recuperarme de la herida causada en el asalto de la ciudadela de los malios en el pulmón, que todavía supura sangre y se escucha cómo se escapa el aire de mi pecho y también la vida.

Mi insaciable afán de conquista y mis deseos de vivir en un campo de batalla deben esperar. Tengo tiempo y quiero relatar

lo que hemos llevado a término para que nadie piense que somos seres extraordinarios o personas dotadas de una fuerza que otros no poseen. Nada de eso. Somos seres normales que fueron capaces de diseñar un proyecto y realizarlo con los medios que tenían. Y cuando alguna vez hemos fracasado, considerábamos el hecho como una experiencia que necesitábamos aprender para triunfar al día siguiente. Soy todavía joven, pero me siento viejo. En cambio, me decía el maestro Aristóteles, que cuanto más viejo seas, puedes ser más joven.

Ayer a altas horas de la noche, en lugar de dormir como me había aconsejado el médico y la misma Roxana, accedí a ir a una fiesta que organizaba Medio de Larisa que, en efecto, fue muy divertida. Allí vacié la copa de Heracles que contenía un vino puro muy frío y riquísimo, pero después de apurarla hasta el fondo, me tuve que retirar porque sentía un agudo dolor en el costado. Ahora sufro una terrible jaqueca que me impide pensar en los asuntos de gobierno, tengo algo de fiebre y mi cuerpo sufre algún que otro temblor. Es el momento de finalizar el dictado de estas experiencias, un deber autoimpuesto que resulta difícil y doloroso, pero también, como las monedas, tiene la otra cara que es el gozo y el placer de recordar grandes momentos y ver como con todos los que me acompañaron, fuimos capaces de superar los problemas e inconvenientes que se nos presentaban. No podré olvidar mientras viva que la victoria y el éxito fueron de mis soldados y colaboradores, nunca míos.

Sí, alcanzamos el confín de la tierra y lo pasamos. Cuando un día pregunté a Aristóteles si podíamos llegar a los límites del mundo, él respondió que sí, pero que más allá no se sabía qué podríamos encontrar. Y lo que nos encontramos fueron otros seres humanos que desean vivir y mejorar su vida, que están dispuestos a luchar para conservar y acrecentar lo que tienen, y que bajo el mando de su líder son capaces de entregar la vida en un campo de batalla luchando por sus ideales y defendiendo lo que es suyo. Hay diferentes costumbres, diversas formas de ataviarse, e incluso de luchar, pero existe algo común que va más allá de la apariencia que nos convierte a todos en una raza unitaria en los aspectos más profundos y humanos. Todos anhelamos algo.

Durante toda mi vida me preparé para gobernar y dirigir personas. Un hijo de rey suele suceder a su padre y lleva en los genes que su oficio es servir a la monarquía y al reino. Desempeñando el cargo siendo justo y bondadoso, que es la mejor manera y el camino más seguro para desarmar a los enemigos, que nunca dan la cara y siempre hablan por la espalda. No hay otra obligación más importante y que consuma más esfuerzos que ésta. No es la carga que impone la corona la que nos vence, sino la forma en la que llevamos y asumimos los cargos, sus deberes y su responsabilidad. Pero tampoco hay actividad que sea más placentera. Durante casi todo mi reinado he sido un rey sin corte, pero con un inmenso ejército que se desplazaba de aquí para allá. Mi corte eran mis soldados, mis amigos y confidentes, los que estuvieron conmigo en Mieza. Mis pasiones, muchas y variadas, amores de cualquier tipo, y deseos, todos aquellos que supongan riesgo conseguirlos. No me detenía la dificultad, ni las circunstancias adversas, ni el calor abrasador del desierto, ni el frío penetrante y cortante como un cuchillo afilado del invierno en las montañas. Si sentí miedo nunca lo reflejé en mis acciones, me situaba siempre al frente del ejército, el primero en el orden de batalla y me lanzaba al ataque como un hoplita más. Cuando mis soldados dudaban si entrar o no en una brecha abierta en la muralla, yo la traspasaba y ellos, siempre, indefectiblemente, me seguían. Sé que es más fácil evitar el peligro que salir bien de él, pero actuar así me habría convertido en un cobarde. Nadie podrá decir que di un paso atrás, ni que cerré los ojos cuando la muerte me rondaba. La miré siempre de frente, cara a cara, sin pestañear y la vencí, o la esquivé. Alguien que está a tus órdenes, que se juega la vida por ver cumplido el sueño de un rey, tiene que saber que quien dirige al ejército combate como él y se expone de la misma manera que él, en ese momento los ideales son compartidos y los hombres están al mismo nivel porque todos son necesarios e imprescindibles en su posición para lograr la victoria. Y cuando el éxito llega, su beneficio debe alcanzar a todos. Solón dejó escrito que para saber mandar es necesario saber obedecer.

Siempre quise ser simultáneamente un hombre, un amigo, un líder, un rey, un faraón, un general y, para unos pocos, un exce-

lente amante. Estoy a punto de llegar a los 33 años y he descubierto lo mejor que hay en los demás, pero al mismo tiempo se me ha desvelado lo mejor que habita en mi corazón. La existencia ha sido dadivosa conmigo. He llegado mucho más lejos de lo que nadie antes había conseguido. He sido un elegido de los dioses porque he logrado todo aquello que me había propuesto. La generosidad ha ido acompañada de intensidad, esto hace más difícil relatar la vida porque al mismo tiempo y en un mismo espacio, se sucedieron demasiados acontecimientos que enmarcan el oficio de reinar. Una tarea densa y llena de atractivo, como no se ha conocido otra en la historia, y muy probablemente no se volverá a repetir.

Por primera vez siento que las Parcas me rondan, que el final puede estar cerca y paradójicamente lejos de un campo de batalla. He ansiado morir como un héroe luchando con mi espada contra aguerridos enemigos, pero también eso se me ha negado. Parece que voy a morir joven, pero con una edad avanzada por la densidad de mi trayectoria vital. He vengado la muerte de Hefestión mandado ahorcar a su médico. Recuerdo que Homero relató que Aquiles encontró la muerte poco después de vengar la de su pareja Patroclo. Si él al vengar la muerte de su amigo pagó la deuda con su sangre, pienso que la mía está cerca, porque allá en Troya, hace más de diez años, yo hice sacrificios en la tumba de Aquiles y Hefestión en la Patroclo. Si es así, y los oráculos de Peitágoras se cumplen, puede que esté en el último tramo de mi vida, no lo sé. Este dolor y esta herida no serán curadas con el tiempo, sino cuando encuentre un verdadero amor que colme mi existencia y llene mi corazón.

Como eso no es seguro y nadie excepto los dioses conocen el futuro, habrá que planificar los próximos años en los que Babilonia será la capital del reino universal y Alejandría el centro del mundo griego. Pero todo a su tiempo. Ahora que tengo que estar inactivo voy a dictar estas experiencias para las generaciones futuras a mi buen amigo y leal colaborador Ptolomeo. Ahora que he logrado lo que amo, me puedo considerar dichoso. La causa de la infelicidad no puede ser la carencia de lo que otros tienen o consideran deseable, pues los que tienen un espíritu grande se satisfacen con lo sencillo.

Al dictado de estas experiencias me pregunto, ¿quién fue realmente Alejandro? El niño que jugaba feliz en la Corte de Pella, el joven que preguntaba con avidez de conocimiento a todos los embajadores sobre sus reinos, el adolescente que recibió una exquisita formación de Aristóteles y los mejores preceptores, el príncipe heredero que se enfrentó a su padre y Rey y fue desterrado, el Rey que sometió a toda Grecia y cruzó el Helesponto sin volver la mirada atrás, el faraón al que se le revela que es hijo de Amón, el Rey de Persia que venció al águila aqueménida, el conquistador que llevó a su ejército al confín del mundo, o el amante, amigo y confidente de Hefestión. Son muchas caras para un solo rostro. Son muchas vidas para una sola existencia. Son diferentes facies de un diamante que reflejan luz propia y misterio, pero todas brillan intensidad, ninguna es una sombra.

A mi edad he aprendido que no hay hombre en el mundo que no sufra tribulación o angustia y que los sentimientos más profundos los encontramos en el silencio. La verdad no se manifiesta en el ruido, ni en la desconfianza, ni en el odio. Sino en la intimidad de la reflexión personal y del amor con otra persona.

Los empresarios familiares son protagonistas de su propia historia y se convierten en héroes cada día.

Los empresarios familiares son, en su manera de actuar y en su estilo de vida, hombres y mujeres que ponen de relieve la grandeza de su personalidad, porque logran que los demás se sientan grandes y protagonistas en un proyecto. Muchos de ellos podrían considerarse otros «Alejandros Magno» en sus propias empresas y entornos competitivos, en sus desafíos y en sus anhelos. Siempre han existido, existen y seguirán existiendo jóvenes emprendedores con sed de triunfo y hambre de grandeza que comienzan día a día, con escasos recursos y pocas «manos», empresas que trascienden varias generaciones.

A veces, la gente simplifica el esfuerzo, justifica y minimiza el éxito usando expresiones como «tiene estrella», «tuvo suerte», «tuvo una visión»... Lo mismo se llegó a pensar de Alejandro

Magno. Sin embargo, su secreto, al igual que el de todos los emprendedores que diariamente luchan por lograr lo que miles de individuos han intentado, y que según las estadísticas no tienen casi ninguna oportunidad de salir adelante, sólo uno de cada cinco negocios que ven la luz logra sobrevivir los primeros cinco años, está en poner en juego la perseverancia, renunciar al halago, ser inmune a los sabios consejos de los agoreros, trabajar duro, no rehusar el riesgo, asentar el liderazgo personal, que siempre es una manera de servir, no de lucirse, formar equipos unidos y comprometidos con el proyecto y desarrollar la capacidad de dirigir gente hacia un mismo objetivo común.

Los empresarios familiares desean que su obra trascienda sirviendo a los demás.

Con diferentes costumbres, diversas formas de comportarse, e incluso de resolver sus propios conflictos, los empresarios familiares anhelan mejorar su nivel de vida, la vida de su familia, la de los demás, las de sus colaboradores y de la sociedad entera haciendo realidad un proyecto humano común. Anhelan dejar un legado a las siguientes generaciones y trascender de forma que sean recordados por sus logros y contribuciones a la sociedad.

Los empresarios familiares no corren detrás de una zanahoria, ellos inventan la zanahoria. Son intensos en sus convicciones y luchan por lo que creen que vale la pena. Trabajan hombro a hombro con sus colaboradores y fomentan un ambiente de bienestar en el que la victoria no se mide sólo en términos económicos, sino en generación de riqueza, objetivos alcanzados y actitudes promovidas. Heredan sus ideas, sus formas de hacer y trabajar, pensando y anhelando que éstas tengan continuidad y pervivencia en el tiempo y sirvan de modelo a otros para resolver sus problemas y superar las dificultades de la gestión empresarial. Esperan que las siguientes generaciones, sus hijos, aprendan de sus errores y mejoren sus aciertos. No obstante, pocos tienen el tiempo, las ganas y la sabiduría de compartirlos antes de irse, o de sentir que les ha llegado la hora de ceder el

testigo. La sabiduría sirve de freno al ímpetu de la juventud, de consuelo a los viejos, de riqueza a los pobres y de ornato a los ricos. Planificar y desarrollar la formación de las siguientes generaciones y transmitir el conocimiento tácito y explícito que poseemos es una tarea siempre pendiente y se debe comenzar lo antes posible.

Los empresarios familiares aprenden de las experiencias negativas de otros y así evitan caer en ellos y asumen sus responsabilidades.

Es bueno revisar la historia porque de ella aprendemos y sacamos modelos de comportamiento. Alejandro Magno es un gran ejemplo para empresarios maduros, para jóvenes emprendedores y para las generaciones siguientes que buscan reinventar, incluso a veces tienen que refundar, la empresa familiar y que sienten la presión y la responsabilidad tanto de la empresa como de la familia sobre los hombros. Es decir, tienen que convertirse en los líderes tanto de la familia como de la empresa.

Tal como le sucedió a Alejandro, existen hijos de empresarios que están destinados a reinar y a continuar las empresas de sus padres, abuelos, etc. Una actividad que si bien puede parecer obligada y muy limitada porque parece que no deja opciones, puede también verse como la oportunidad de servir a los demás, de crecer profesionalmente y de situar en lo más alto del mercado el nombre de la familia y de la empresa por la calidad de los productos y de los servicios ofertados. Esto conlleva trabajo, sacrificio y disciplina. Llegar el primero, salir al final de una agotadora jornada de trabajo, dedicar muchos fines de semana y robar tiempo al ocio son algunas de las cargas que hacen pesado el viaje y asumir los liderazgos. Pero a la vez esto mismo los convierte en más placenteros y gratificantes cuando se alcanza la cima, se enseña con el ejemplo y cuando se puede decir con la frente bien alta que alguien se ha ganado el respeto y la lealtad de sus colaboradores, de los competidores y del mercado general.

Los empresarios familiares involucran a otros en su proyecto de empresa y juegan papeles diferentes y complementarios cada día.

Las siguientes generaciones deben ser conscientes de que los empresarios, como sus predecesores, no son seres extraordinarios o personas dotadas con una fuerza que otros no poseen. Muy al contrario, son personas normales y corrientes que tienen la capacidad de involucrar a otras personas, entre ellas su propia familia, en un sueño empresarial a largo plazo. De la misma forma, tienen la habilidad y la ductilidad suficientes para desempeñar múltiples papeles en las diferentes circunstancias que les toca vivir. Así realizan su proyecto siendo flexibles, innovadores pero amantes de la coherencia sin fisuras entre la palabra y las acciones, entre la promesa y las obras. Y, aunque algunas veces puedan mostrar su lado más ambicioso y ególatra, anhelan, por encima de todo, hacer, desarrollar, dejar huella y construir un mundo mejor para el mañana. No importan las penalidades, no importan los riesgos, no importa el tiempo, lo único importante es tener un proyecto, un deseo, y un equipo con el que identificarse.

Para los empresarios familiares, su pareja y su familia constituyen pilares esenciales sin los cuales la construcción del sueño empresarial compartido no sería posible.

Por otro lado, es importante subrayar que detrás de cada emprendedor, detrás de cada hijo o hija miembro de la siguiente generación de una familia empresaria, generalmente hay una pareja o una familia que subsidia, promueve, mantiene y alimenta la voluntad férrea que éstos muestran en cada momento y en cada circunstancia. Normalmente son personas que están en la sombra, no sólo escuchan y aconsejan pacientemente, sino que también mueven los hilos de forma insensible, muy acertadamente y con transparencia para promover la unidad, la estabilidad, el compromiso y el bienestar, elementos sin los cuales ninguna empresa puede ser construida de forma sólida y duradera. La familia ha sido desde la Antigüe-

dad, y seguirá siendo en un futuro, el núcleo social determinante que provee el soporte emocional necesario para que los individuos gocen de estabilidad mental, moral-espiritual y económica, y puedan dedicarse a ser hombres y mujeres que difundan y realicen el bien en toda la comunidad.

La empresa familiar, con todas sus complejidades y atributos, bien puede ser considerada un Imperio.

La empresa familiar es, sin duda alguna, un reflejo fiel en su justo tamaño de lo que un Imperio representa, de lo que puede ponerse en juego en los momentos cruciales, como por ejemplo, la sucesión, y de lo que significan los afectos, los anhelos y las ilusiones en la búsqueda de la continuidad y la trascendencia. Del mismo modo que los imperios, las empresas familiares están destinadas dada su vocación de continuidad, a heredarse, a transmitirse de generación en generación. Y, de la misma forma que estos señoríos pueden perderse de una generación a otra, así también los negocios familiares pueden desaparecer en los cambios generacionales. Por otro lado, también es cierto que al igual que los empresarios familiares, los emperadores no siempre se tomaron el tiempo necesario para planificar su sucesión, y/o para elegir al mejor o al más capacitado para continuar su obra. Y por si esto no fuera poco, en las empresas familiares como en los imperios, las intrigas palaciegas y las rivalidades entre ramas familiares también son comunes, especialmente cuando las reglas no están claras, los papeles no están establecidos y cuando se carece de mecanismos familiares-empresariales que permitan gobernar la empresa y la familia alineándolas en un mismo sentido.

Los empresarios son emperadores, o comandantes en jefe o generales (significado original de la palabra latina *imperator*), de sus propias empresas. Como tales, visualizan y deciden el futuro de las mismas y, a la vez, transmiten su pasión, sus conocimientos, su cultura y sus valores a sus hijos, sus colaboradores, sus clientes, y hasta a sus propios competidores. Alejandro III de Macedonia, mejor conocido como Alejandro Magno nos transporta por sus

caminos, por sus vivencias y sus proyectos hacia un mundo nuevo, desconocido pero muy atractivo. Del mismo modo, el empresario familiar nos deleita con la edificación de su obra, atiende nuestra demanda y satisface nuestras necesidades con sus productos y servicios, pero a la vez nos transmite sus aprendizajes, sus enseñanzas y su sueño empresarial.

